

POR SU RESISTENCIA Y PERICIA: LAS RELACIONES LABORALES EN EL INGENIO SAN ANTONIO (1912–1936) (NICARAGUA)

Jeffrey L. Gould (*)
IDELA/U.N.A. – Yale University

Resumen

Por su resistencia y pericia: las relaciones laborales en el ingenio San Antonio (Nicaragua), 1912-1936. Se examinan las relaciones laborales y el desarrollo del sindicalismo en dicho ingenio, en el contexto de las guerras civiles, la intervención norteamericana y el ascenso al poder de Anastasio Somoza García.

Abstract

Resistance and skillfulness: labor relations in the San Antonio Sugar Refinery (Nicaragua), 1912-1936. Labor relations and the development of trade unionism are considered in the context of the civil wars, the American intervention and the rise of Anastasio Somoza García to power.

El 18 de agosto de 1912, las fuerzas revolucionarias liberales, con amplio apoyo local, tomaron el pueblo de Chichigalpa, expulsando las tropas gubernamentales. El ataque a Chichigalpa anunció el comienzo de una ofensiva general en contra del gobierno Conservador, impuesto y apoyado por los norteamericanos. En los siguientes días los revolucionarios capturaron León y Chinandega. En tales momentos de crisis un grupo de extranjeros en Chichigalpa, casi todos vinculados con el Ingenio San Antonio (ISA), enviaron un mensaje urgente al consulado norteamericano en Corinto, pidiendo

ayuda militar. Dentro de diez días, el gobierno norteamericano respondió a la petición de la colonia extranjera en Chichigalpa enviando marines para retomar el pueblo. Frente a la fuerza militar superior, los revolucionarios se retiraron de Chichigalpa al igual que de otras ciudades en el Occidente de Nicaragua (1).

Sin embargo, la ocupación militar de Chichigalpa no era una operación fácil, ya que la gran mayoría del pueblo simpatizaban con la revolución liberal. Así, después de un mes de la ocupación militar de Chichigalpa, estalló un motín popular, cuyo desenlace caló hondamente en la conciencia del pueblo. El informe militar norteamericano, fechado el 4 de octubre de 1912 relata los hechos en la siguiente manera:

* Quisiera agradecer a la Dra. Emilia da Costa y al Dr. Daniel James (Yale University) y al Dr. Alfonso DuBois (CRIES—Managua) por sus lecturas críticas del primer borrador de este artículo. A la Fundación Tinker (1983) y la Fundación Fulbright (1984–1985) porque me brindaron apoyo financiero necesario para la investigación. INIES—CRIES dirigido por Xavier Gorostiaga me brindó un apoyo institucional y moral imprescindible. También debo agradecer a los empleados y obreros del Ingenio San Antonio que cooperaron en la investigación, y a mi compañera Ely Porras por ayudarme durante el curso de la investigación, y en la revisión del artículo.

“El Teniente Long, al intentar capturar armas y algunas bombas de dinamita, en las primeras horas de la mañana, fue cercado y atacado por una turba considerable de soldados rebeldes y otros, armados con rifles y machetes. Algunos rebeldes, irrespetando las órdenes de sus oficiales, dispararon en contra de nuestros marines. Inmediatamente se devolvió el fuego y así comenzó una escaramuza en la cual murieron 13 rebeldes y hubo gran número de heridos, siendo levemente heridos solo cinco de nuestros hombres” (2).

Alberto Cortez, quien tenía ocho años en 1912, recuerda que los rebeldes, todos Chichigalpinos, luchaban con "machetes y una que otra pistola". Mas aún, recuerda que cuando se terminó la batalla, el Teniente Long y sus soldados amarraron a trece Chichigalpinos, incluyendo a su propio padre, y los asesinaron frente a la Iglesia San Blas, en el centro de la ciudad. La versión de don Alberto es compartida por otros ancianos que la conocen por tradición oral (3). Aunque no disponemos de documentación que pueda esclarecer la gran discrepancia entre las dos interpretaciones de la batalla del 4 de octubre, desde la perspectiva de nuestro estudio sobre las relaciones laborales en el ISA, la versión popular, verídica o no, ocupó un espacio significativo en la conciencia de los trabajadores locales. Sostengo que tal conciencia anti-oligárquica (conservadora) y anti-norteamericana, influenciaba el desarrollo de las relaciones sociales de producción en el ingenio, ya que la empresa era dependiente de la fuerza de trabajo local y tenía que enfrentar el antagonismo político de muchos de sus trabajadores.

El mismo crecimiento territorial de la plantación, de 5000 manzanas hasta aproximadamente 10 000 para 1910 "liberó" bastante mano de obra local, ya que muchos campesinos perdieron acceso a terrenos ejidales, indígenas o sus propias parcelas, gracias a la expansión del ISA (4). Sin embargo, pocos de los campesinos expropiados se convirtieron en jornaleros permanentes. Por el contrario, muchos podían seguir trabajando en la economía campesina local mediante vínculos familiares, aunque quedaban disponibles teóricamente, para el trabajo zafrero. Es decir que dadas las necesidades de mano de obra en la zafra y con un número parecido de campesinos pobres en la zona (1766 jornaleros fueron registrados en el censo durante la zafra de 1920) entonces existían las condiciones para una articulación satisfactoria entre la empresa y la economía campesina (5). Sin embargo, los hechos políticos-militares de 1912, además de las expropiaciones de tierra, provocaron un profundo resentimiento en la población local en contra del ISA. Si la agudización de las tensiones políticas y sociales de los chichigalpinos no necesariamente trastornó el balance entre oferta y demanda de fuerza de trabajo, definitivamente planteó un problema serio para la empresa en cuanto a la disciplina y control de los trabajadores locales, sobre los cuales había perdido legitimidad gracias al papel de la empresa en la intervención militar.

No obstante el antagonismo político de la población local, entre 1912 y 1926, el ISA no solo logró evitar conflictos laborales sino que también aumentó su producción azucarera de 88 mil quintales (qq.) hasta 255.000 qq, dándole ganancias anuales de más de un millón de dólares entre 1920 y 1926 (6). El ingenio pudo lograr tal crecimiento sostenido y pacífico debido a una astuta estrategia empresarial. Primero, durante el período 1912-1918, la empresa alquilaba sus cañaverales a "colonos", los cuales tenían un control directo sobre sus trabajadores. Los colonos, casi todos con raíces locales, contrataban y pagaban a los jornaleros quienes cultivaban y cosechaban las parcelas alquiladas, las cuales tenían una extensión desde 62 hasta 100 manzanas. Toda la caña se vendía al ISA a un precio 20% inferior al del mercado, en lugar del pago del alquiler. En efecto la gran mayoría de la fuerza de trabajo de campo que suministraba la caña al ISA no trabajaba directamente para el ISA, sino para los colonos locales. Entre 1912-1918, la mayoría de los colonos eran liberales, amortiguando así las tensiones políticas entre los chichigalpinos y sus empleadores indirectos, el ISA (7).

Aún más importante que la amortiguación lograda por los colonos era el alza sostenida en el precio internacional del azúcar, de menos de dos centavos de dólar la libra en 1913 hasta casi doce centavos en 1920 el cual ejerció un profundo efecto sobre las fuerzas y relaciones sociales de producción en el ISA (8). Tales cambios también ayudaban a mantener cierta armonía laboral en el período de expansión (1918-1926). En 1918 el ISA instaló nueva maquinaria, centrífugas, tachos y calderas que permitían procesar tres veces más caña que en la fábrica primitiva (9). La maquinaria trajo consigo una nueva división técnica de trabajo en el ISA. El nuevo sistema requería más obreros semi-calificados, capaces de manejar las máquinas, además de un nuevo cuerpo de mecánicos necesarios para repararlas. El número de obreros permanentes de la fábrica y del taller de mecánica probablemente aumentó de unos cuarenta o cincuenta en el viejo trapiche hasta más de doscientos en el nuevo ingenio durante los años del auge en la década de 1920. El incremento cuantitativo de obreros, por un lado, y la mayor tecnificación del trabajo fabril condicionaron el desarrollo de una brecha socio-económica y cultural entre los trabajadores del campo y los de la fábrica.

La instalación de la nueva fábrica con un mayor número de obreros industriales creó las condi-

ciones técnicas para dividir la fuerza de trabajo. Entre 1918 y 1930, los chichigalpinos trabajaban casi exclusivamente en el campo mientras que los obreros industriales provenían de León, Managua y Granada. Pues, los chichigalpinos ocupaban sólo 10% de los puestos dentro de la fábrica y representaban casi 50% de los jornaleros del campo. Cabe agregar que sólo el trabajo calificado de los mecánicos requería cierto nivel de escolaridad, y no así el de los operarios de la fábrica (10). No obstante casi todos los obreros fabriles eran alfabetos, y todos los jornaleros analfabetos. Es decir que no existía una justificación técnica para segregar los chichigalpinos en el campo. Es probable que tal política hacia la gente local obedecía a una estrategia consciente de dividir socio-culturalmente a los trabajadores del ISA.

Gustavo Cantón, administrador del campo en el ISA, comentó, en 1925 durante el pleno auge azucarero:

“La mayoría de trabajadores del campo son chichigalpas estos cuando no les gusta el trabajo se marchan de allí, y si hoy sube el salario sin pitos ni tambores amanecen llenas las colonias con estos operarios, que por su resistencia y pericia son los mejores del país para esta clase de trabajo (11).”.

Cantón no sólo sustenta nuestros datos acerca de la fuerte concentración de trabajadores locales en el campo, sino que también sugiere consecuencias políticas e ideológicas de tal división geográfica, que dicho sea de paso cambiará radicalmente a partir de la década de 1930. En primer lugar, Cantón demuestra un cierto prejuicio acerca de los “chichigalpas” (uso extraño del nombre que suena a lo indígena) generado por la misma segregación espacial y laboral. Según el administrador ellos son excelentes trabajadores del campo pero no son ni confiables ni leales. Según los obreros fabriles existía mucho prejuicio de parte de la gerencia, compartido por muchos de los obreros de la fábrica en contra de los trabajadores del campo. Los jefes solían decir que los chichigalpinos eran “indios”, “ladrones” y “brutos” (12). Es difícil determinar cómo se generaban tales prejuicios, los cuales revestían en el caso de la gerencia un carácter racial, pero es evidente que la división técnica y social del trabajo refortalecía los prejuicios. También está claro que el prejuicio del obrero en contra del jornalero debilitaba al conjunto de la clase trabajadora y fuertemente limitaba las posibilidades de organización sindical.

El comentario de Cantón también indica la dependencia del ISA sobre los chichigalpinos para el trabajo del campo, a pesar de su poca confiabilidad. Involuntariamente Cantón señala otro tipo de ‘resistencia y pericia’. Pues, la dependencia del ISA permitía a los trabajadores ejercer su única forma de resistencia eficaz en contra de la empresa. En efecto, los jornaleros locales presionaban a la empresa mediante lo que se podría llamar “la marcha a las parcelas”. Frente a salarios bajos en las colonias del ISA que fluctuaban entre \$0.25 y \$0.45 diarios, menores que en los cafetales de Managua o los algodonales chinandeganos, los jornaleros de los años 20 todavía podían retirarse a sus milpas como una medida de presión salarial (13).

Es evidente que el proceso de proletarización del campo aledaño al ISA, todavía era incompleto a pesar del gran estímulo generado por el acaparamiento de terrenos por parte de la empresa. Aunque la economía campesina recibió un fuerte golpe durante el período de expansión inicial del ISA (1890-1910), y seguía decayendo debido al control sobre el mercado ejercido por un grupo de acaparadores y de un sistema de herencia parcelaria, hay amplia evidencia, además del testimonio de Cantón, de que los jornaleros durante el invierno solían alternar el trabajo en las colonias con el de sus parcelas fueran estas propias, ejidales o alquiladas. Sin embargo es dudoso que los bajos salarios en el ISA hubieran aportado a una expansión de la economía campesina (14). No hay evidencia que indique que durante los años ‘20’, los campesinos/jornaleros en Chichigalpa se hubieran convertido en campesinos independientes. Es decir que se daba una articulación algo estable entre el trabajo asalariado y la economía campesina, la cual por la dependencia mutua entre la empresa y los chichigalpinos le permitía a los trabajadores locales presionar por alzas salariales sin poner en peligro, mediante la organización obrera, el sistema de dominación en el ingenio.

Hasta aquí hemos visto como el ISA se aprovechaba de varios mecanismos para mantener una armonía relativa en sus relaciones laborales, a pesar del fuerte antagonismo político de la población trabajadora local y de salarios relativamente bajos en comparación a otras empresas agrícolas en el occidente. Se han señalado causas esencialmente estructurales: 1. El uso de un sistema de “colonias”, cañaverales alquilados a “colonos” locales quienes mantenían relaciones sociales de producción con los trabajadores del campo relativamente autónomos con respecto a la empresa, por lo

menos hasta 1920. 2. Una división técnica de trabajo, a partir de la instalación de la fábrica en 1918, que creaba las condiciones para una segregación socio-geográfica de la fuerza laboral. 3. Una dependencia mutua entre el ingenio y los jornaleros/campesinos locales, la cual aseguraba el empleo de suficientes zafreros, pero a la vez permitía "la marcha a las parcelas", como una forma de resistencia pasiva de parte de los trabajadores. Tal forma de resistencia tendía a fortalecer la división orgánica entre trabajadores del campo con los del plantel.

Estos factores estructurales influían significativamente en la capacidad del ISA de aumentar su producción dramáticamente a pesar del antagonismo político de su fuerza de trabajo local y de una escasez relativa de trabajadores. Sin embargo, también habían factores ideológicos que condicionaban las relaciones laborales relativamente armónicas entre 1912-1926. Primero, cabe señalar que no obstante el conflicto político entre la población local que se consideraba oprimida por la empresa oligárquica aliada estrechamente con el gobierno conservador, el ISA podía mantener ciertas relaciones paternalistas con sus trabajadores, tanto directa como indirectamente, mediante sus colonos locales. Tales relaciones paternalistas se derivaban de que la empresa funcionaba como un banco prestamista para sus trabajadores y alquilaba barato sus terrenos a los campesinos para sembrar maíz (15). Estas dos funciones de la empresa condicionaban actitudes de obligación y dependencia de parte de sus trabajadores. Pero también está claro que la empresa, quizás por un sentido de "noblesse oblige" conscientemente propagaba una ideología paternalista, destacando la bondad, sabiduría y preocupación de padre por sus "niños": los trabajadores.

Un ejemplo claro de esa actividad ideológica consciente se desprende del siguiente relato de un trabajador "veterano" de la empresa:

"Ellos tenían un burro allí en una casa especial. Lo trataban como a un rey. Lo bañaban en leche, y solo leche tomaba. Era un burro encantado, un dios. La gente lo veneraba y todo el pueblo venía a visitarlo. La hacienda lo usaba para montar las yeguas. Era una maravilla verlo" (16).

Otros informantes confirman este fenómeno sorprendente: el ingenio creó un mito religioso, un burro encantado. Aunque no disponemos de sufi-

cientes datos para comprender el significado interior del mito para los trabajadores chichigalpinos, esta algo claro el propósito de la creación del mismo. El ingenio intentó conquistar la lealtad de los trabajadores hacia la empresa mediante la creación de una imagen que simbolizara por un lado su potencia (sexual y política) y por otro su riqueza, pero que sobretodo permitía una profunda identificación con la compañía. No se sabe el origen del "encanto" y es muy posible que la gerencia se aprovechó de una creencia preexistente, al construir, por ejemplo, el cuarto especial y al darle un mejor trato que a cualquier trabajador. Cualquiera que fuesen los orígenes está claro que el mito funcionaba eficazmente en cuanto a su fuerza en la conciencia del pueblo y es dable suponer que los trabajadores comenzaban a sentir cierta lealtad o por lo menos admiración hacia la compañía mediante su veneración al burro encantado.

Sin embargo, la conciencia mágico-religiosa de los trabajadores del ISA en los años 20 se componía también de elementos congruentes con ese mito pero a la vez antagónicos con el mensaje paternalista del "burro encantado". Así, existía una creencia bien difundida entre los trabajadores del campo: que el ISA tenía "un pacto con el diablo". El pacto, según los trabajadores, permitía la acumulación de riquezas para el ingenio. Específicamente el pacto facilitaba la conversión de trabajadores muertos en ganado, que la empresa vendía a la gran hacienda Cosigüina (también de dueños conservadores) o se usaban como bestias de trabajo o los convertían en carne para alimentar a los otros trabajadores:

"La carne era amarilla, amarilla. Nadie quería comer esa carne allí. Decían que esa carne era de gente. Una vez estaban matando una vaca. La vaca gritó: "Ay hijito no me mates! Yo soy tu madre! " (17).

Tal relato horroroso del canibalismo, producto del pacto con el diablo presenta una imagen totalmente distinta a la del burro. La creencia en el pacto rompe con muchos aspectos de la ideología paternalista ya que dentro del mito la empresa lucía bastante mal. Es evidente que al igual que otras creencias en pactos con el diablo, tanto en Nicaragua como en otros países americanos en situaciones de transición hacia el capitalismo, se trata de un modo de explicación del fenómeno de la explotación del trabajo asalariado (18). Tales mitos se refieren tanto al trabajo brutal e infernal como a la

manera totalmente inmoral de adquirir riqueza. Lo que distingue el mito del ISA es la idea de la explotación sobrehumana, o sea que ni la muerte de un trabajador acaba con su explotación, sino que sigue sirviendo al ingenio como alimento o bestia.

Aunque el mito del "pacto" claramente cuestiona la legitimidad de la empresa, es congruente con el mito del burro, porque también fortalecía la dominación de la empresa. Puesto que el jornalero creía en el pacto, también creía en el poder absoluto y sobrenatural de la empresa. Es decir que la creencia, a la vez explicaba la explotación pero también producía un profundo miedo, un horror a la empresa y por lo tanto reproducía la dominación ideológica del ISA.

La conciencia social de los trabajadores del ISA consistía en elementos tanto político-rationales como mágico religiosos, pero todos firmemente arraigados en el mundo del trabajo. Especialmente para el jornalero, el trabajo era bestial y es comprensible como en base de tal labor que agotaba vidas constantemente, remplaceables por familiares que sufrirían iguales destinos, se podría creer en un pacto con el diablo como un mecanismo que daría sentido a un mundo infernal y absurdo. En la época lluviosa, los jornaleros tenían que cavar hoyos de tamaño específico para la siembra de caña, machetear en montañas palúdicas. Así, por ejemplo entre 1918 y 1921 los jornaleros limpiaron más de tres mil manzanas de montaña para convertirla en nuevos cañaverales. Hasta los años 50, salvo un breve período de 1928-1934, los jornaleros tenían que cortar caña cruda (no quemada) lo cual no solo implicaba menos producción individual sino también mucho más trabajo en la limpieza de la caña que en su corte (19). Más aún, la gerencia exigía un control de calidad estricto en el corte y en la siembra a pesar de la tarifa de 20 centavos la tonelada de caña. Los viejos trabajadores se acuerdan de las visitas periódicas del Sr. Cantón y el gerente Constantino Lacayo. Este último andaba en un caballo blanco y a menudo mandaba que un jornalero volviera a cavar o recortara un surco de 200 varas. Por su fama disciplinaria los jornaleros se acuerdan de Lacayo como "un hombre muy fregado" (20).

No obstante las relativamente exitosas tácticas del ISA por forjar una fuerza de trabajo productiva y obediente de una población local políticamente antagónica, en el fondo nunca se pudo "integrar" plenamente el jornalero al sistema de dominación. El ISA podía integrar al jornalero mediante su uso de los colonos locales, el alquiler de milpas, la divi-

sión socio-geográfica y los símbolos religiosos. Pero la cruda realidad de la explotación en el campo siempre provocaba brotes de descontento, expresados en el retorno a las parcelas o en breves paros en protesta por las tarifas del corte, los precios o la calidad de la comida en las colonias, o por la obligación de rehacer trabajos. Aunque el ISA logró convertirse en la empresa más poderosa económicamente de Nicaragua entre 1918-1926, e incrementó su producción de azúcar en un 300%, las colonias seguían siendo en las palabras de un jornalero de la época "un panal de avispas" (21). En efecto, aunque los mecanismos analizados arriba contribuían al éxito económico del ISA, su capacidad productiva en el campo descansaba sobretodo en su poder represivo y en su estrecha alianza con el Estado Conservador. Al respecto, un periodista comentó en 1919 que "El Ingenio San Antonio encarcela a quien no le cae bien" (22).

EL INGENIO SAN ANTONIO EN TIEMPOS DE REVOLUCION Y CRISIS (1926-1935).

Efectivamente los mecanismos de control sobre sus trabajadores funcionaron adecuadamente durante los años 1912-1926 principalmente porque estaban respaldados por el poder militar del Estado. La inestabilidad de la armonía laboral lograda durante ese período se vuelve palpable al observarse el comportamiento laboral durante la Revolución Constitucionalista cuando tambaleaba el gobierno conservador y asimismo el poder oligárquico siendo el ISA su principal representante.

A raíz del golpe de Estado de Emiliano Chamorro en 1925, en contra de un gobierno de coalición liberal-conservador, un movimiento liberal revolucionario comenzaba a adquirir fuerza. Desde el triunfo militar intervencionista de 1912, los artesanos encabezaban la resistencia en contra del gobierno conservador. Los artesanos liberales desarrollaban un programa marcadamente anti-oligárquico y anti-imperialista. Así por ejemplo la plataforma de la Central Obrera de Chinandega (vinculada a algunos obreros del ISA) demandó, en 1924, una reforma agraria, derechos democráticos y sindicales y el derrocamiento del gobierno apoyado por "las bayonetas del Gobierno Americano y las influencias de los banqueros de Wall Street" (23). Este sector radical del Partido Liberal gozaba de mucho apoyo tanto en Chinandega como en Chichigalpa y tenía una capacidad convocatoria muy importante, no obstante su falta de experiencia militar. Dentro de los símbolos oligárquicos en el

Occidente, el ISA se destacaba como el principal blanco de la ira popular liberal.

Al estallar la Revolución Constitucionalista en 1926, los artesanos liberales seguían influenciando políticamente al movimiento revolucionario aunque perdieron el control militar frente al sector más adinerado y moderado del Partido Liberal. En el ISA tal coalición entre radicales y militares tuvo consecuencias importantes. A finales de agosto de 1926, una patrulla revolucionaria, jefada por Santiago Callejas, dueño de un pequeño ingenio en Chinandega, atacó Chichigalpa sin que las fuerzas gubernamentales pudieran ofrecer mayor resistencia. Al atardecer, con las filas nutridas por centenares de chichigalpinos, Callejas se dirigió hacia el ISA para conseguir provisiones. Sin embargo, sus nuevas reclutas chichigalpinos, en su gran mayoría jornaleros del ISA, quisieron convertir la expedición militar en un motín popular. Los jornaleros saquearon el comisariato, incendiaron algunos edificios e intentaron matar al administrador general del ISA, Constantino Lacayo. Un machetazo en el portón de la Casa Hacienda es un recuerdo grabado en la memoria de varios testigos:

“Casi le dieron en la cabeza. Por suerte llegó don Nacho Paguagua que dijo: Bueno muchachos si matan a don Tino me van a matar a mí también. Y así don Constantino pudo escapar en una lanchita a Corinto junto a Gustavo Cantón. Nunca volvieron a la hacienda” (24).

El señor Paguagua, conocido liberal chichigalpino, había sido colono del ISA desde 1912, además de contratista de leña. Su oportuna intervención en el motín de los jornaleros demostró una vez más la sabiduría en la política de “colonización” de los liberales locales emprendido a partir de 1912 (25). El hecho de que el colono Paguagua pudo salvar la vida de Lacayo y calmar los ánimos de los jornaleros nos señala algo del carácter del movimiento liberal revolucionario en el ISA. Primero se puede detectar la mezcla de elementos organizados (el ejército liberal) y espontáneos. Más bien, se ve que el “panal de avispas” sólo necesitaba agitarse: los jornaleros estaban esperando un momento favorable para acabar con lo que evidentemente era percibido como un odiado opresor, el cosignatario del “pacto con el diablo”. En segundo lugar, se nota que la violenta rebelión de los jornaleros se extinguió fácilmente por influencia de un miembro de la élite liberal chichigalpina. Algunos de los rebeldes regresaron a sus parcelas otros al trabajo pero la mayoría se integró a las filas del ejército constitucionalista (liberal).

El motín de los jornaleros y más aún la integración de un gran número de obreros y trabajadores a las filas revolucionarias precipitó una nueva crisis para el ingenio, peor que la de 1912, también fue efecto de un movimiento político nacional. No fue por casualidad que los momentos de crisis política nacional impactaron profundamente al ISA. La razón principal para la estrecha relación entre crisis política y crisis de la empresa tenía que ver con la dependencia del ISA sobre los recursos represivos y jurídicos del Estado, y como causa del mismo y a la vez consecuencia, la identificación real entre los gobiernos conservadores y el ISA. Así, por ejemplo, en 1916, el ISA obtuvo un contrato del gobierno conservador que: 1) durante 15 años virtualmente le eximía de impuestos de exportación y sobre maquinaria importada; 2) eximía sus trabajadores del servicio militar; 3) garantizaba un impuesto sobre el azúcar importado que le permitió vender más cara el azúcar en el mercado interno. Pero más que el contenido del contrato, lo que importa fue la capacidad del ISA para obtener del gobierno lo que le convenía, precisamente por la enorme influencia de la familia Benard —co-dueños de la empresa— dentro del Partido Conservador y el gobierno (26). Por lo tanto, una crisis política también era percibida por el pueblo como una crisis del poder del ISA.

En efecto la Revolución Constitucionalista perjudicó a la empresa. La masiva desertión de sus jornaleros y obreros hacia los campos de batalla fue el factor principal en el descenso de la producción azucarera de 255 mil quintales en 1926 a 166 mil en 1927. El precio en el mercado internacional no explica la baja producción en la zafra 1926-1927 puesto que en 1925 el azúcar se cotizó a \$0.022 la libra, a \$0.022 en 1926 y a \$0.026 en 1927 (27). Aunque para 1929 los efectos de la crisis internacional sobre los precios iban a determinar un grave descenso en la producción del ISA hasta llegar a sólo 87 mil quintales en 1933, la depresión comenzó en Chichigalpa con la conversión de jornaleros en soldados revolucionarios, en 1926. El nuevo administrador general, el norteamericano Ignatius D'Reardon comentó al respecto algunos años después:

“En los tiempos de la revolución casi toda la gente hábil para el trabajo había emigrado a los campos de batalla; llegó la época de la zafra y los trabajadores existentes eran insuficientes...” (28).

El ingenio respondió a la falta de trabajadores y después a la caída en los precios internacionales

mediante la introducción de nuevas técnicas de siembra, riego y del corte de caña; la inversión de \$100 000 en nueva maquinaria, el acaparamiento del mercado local; y la reducción del número de trabajadores y de sus salarios. Así, por ejemplo durante este período de crisis política-económica, el ISA instaló un nuevo sistema de góndolas para transportar la caña a la fábrica con una consiguiente economía de brazos. Las mejores técnicas en la producción de caña permitieron una mejora en el rendimiento de los cañaverales en un 60%, y esto también fue ahorrativo de mano de obra. Finalmente, por su previa acumulación de capital y su capacidad de bajar los costos de producción, el ISA pudo resistir los efectos de la Gran Depresión mucho mejor que los otros ingenios nicaragüenses. Así durante la zafra 1930-1931, entre los veinte ingenios del Occidente sólo el ISA producía azúcar. Los otros ingenios cerraron o vendieron su caña directamente al San Antonio. Puesto que los costos de producción del azúcar eran mucho más bajos en el ISA, tal empresa pudo pagar relativamente mejores precios por la caña de los otros fabricantes, reduciendo así el número de productores, y dejando al San Antonio con un virtual monopolio de la producción azucarera. Para asegurar su posición monopolista el ISA presionó al gobierno de Moncada para que pagara una prima a los ingenios que no fabricaron azúcar. En tales condiciones el ISA pudo fijar el precio interno del azúcar en seis centavos cuando el precio internacional era de 1.1 centavos. Gracias a sus inversiones, ahorro de mano de obra y de salarios (50% en el campo) y del precio alto del mercado local el ISA podía mantener márgenes de ganancias de más de \$100.000 anuales durante la crisis mundial (29).

El ISA pudo sobrevivir la crisis no sólo por sus adelantos tecnológicos y por sus inserciones favorables en el mercado doméstico o internacional, sino también por su capacidad y poder político. Durante la Revolución Constitucionalista, la empresa, según fuentes liberales, se convirtió en el principal sostén financiero de la causa conservadora (30). Por otra parte, Constantino Lacayo, después del motín, mandó que tropas conservadoras "torturaran centenares de trabajadores liberales... muchos murieron" (31).

Todo parece indicar que durante el conflicto bélico el ISA, desempeñó un papel muy activo en favor de la causa conservadora, actuando de una manera que le ganaría la enemistad más amarga de los liberales revolucionarios. Más aún, después del

motín las fuerzas militares norteamericanas protegían al Ingenio, convirtiéndolo en un verdadero bastión conservador.

Una vez terminado el conflicto bélico, en mayo de 1927, con la firma del famoso "Pacto del Espino Negro" el ISA proseguía sus objetivos políticos. En 1928, Adolfo Benard, presidente de la compañía, se convirtió en el candidato presidencial del Partido Conservador. Reconociendo la posibilidad de perder las elecciones y la influencia norteamericana dentro del grupo del General Moncada (candidato liberal) el ISA se inscribió como empresa norteamericana registrada en el estado de Delaware. Inmediatamente después de su inscripción la empresa pidió al Departamento de Estado ayuda para conseguir la prórroga del contrato de 1916. El Departamento de Estado negó la petición de esa empresa "norteamericana" precisamente porque su gerente general era candidato presidencial conservador en las elecciones montadas por el mismo Departamento en las cuales quería presentar una cara imparcial, especialmente después de haber defendido militarmente al mismo ingenio (32). En 1935, el ISA se incorporó definitivamente como empresa nicaragüense. Este episodio, en efecto, tenía poca importancia más allá que comprobar una vez más el gran peso de la política en la estrategia empresarial del ISA. Cuando Benard perdió las elecciones frente a Moncada, la empresa tuvo más suerte diplomática al entablar buenas relaciones con el nuevo gobierno liberal. En 1929, el gobierno de Moncada, (tal vez por presiones norteamericanas) aprobó un nuevo arancel sobre el azúcar importado, bajó el impuesto sobre la exportación de 50 centavos por quintal hasta diez centavos, autorizó un aumento de cien por ciento en el precio del azúcar del azúcar de consumo interno, y ofreció una prima de dos córdobas (dólares) el quintal a los ingenios que dejaran de fabricar azúcar. Ni los gobiernos conservadores habían servido tan cabalmente a los intereses de San Antonio (33).

Así, a pesar de la derrota de los Conservadores en los campos de batalla y en las elecciones de 1928, el ISA podía obtener el apoyo del gobierno liberal, gracias en parte a su alianza con las fuerzas norteamericanas de ocupación.

"COMO VERDADEROS ESCLAVOS" – HACIA LA ORGANIZACION SINDICAL.

En 1925, durante el gobierno de la coalición liberal-conservadora, algunos obreros liberales de la

fábrica del ISA fundaron un sindicato. Los flamantes sindicalistas no tuvieron tiempo ni de consolidar su fuerza en la fábrica ni de establecer vínculos con los jornaleros del campo, ni de presentar peticiones a la gerencia, cuando Chamorro ejecutó su golpe de estado, y el ISA pudo reprimirlos sin resistencia (34). De todos modos la Revolución Constitucionalista interrumpió el proceso organizativo ya que la mayoría de los obreros se afiliaron al ejército liberal. En 1928-1929, algunos de los mismos sindicalistas comenzaron de nuevo a actuar en la fábrica. Esta segunda etapa de organización halló un alto grado de disposición entre la mayoría de los obreros fabriles.

Durante los últimos años de la década de 1920, entre 150 y 200 operarios de maquinaria y mecánicos laboraban permanentemente en el ISA. Tal como señalamos, muchos obreros fabriles, principalmente por su aislamiento socio-geográfico del campo, se consideraban superiores al jornalero de las colonias. No obstante, muchos de los mismos obreros resentían el sistema de dominación imperante en el ISA. Antes de los dramáticos adelantos técnicos en la fábrica durante la década de los 1940, el trabajo de la mayoría de los obreros era físicamente agotador. Así, por ejemplo antes de 1940 los trabajadores tenían que cargar al hombro el azúcar desde la fábrica hasta la bodega o al ferrocarril; operar los filtros, según la misma empresa era una "labor muy fuerte... en lugares tan húmedos que teníamos constantes quejas, huelgas..."; "lavar" el azúcar manualmente en las centrífugas; echar leña constantemente a las calderas (35).

Los obreros especializados como los fundidores, los herreros, los electricistas o los mecánicos de reparación no resentían la dificultad de su trabajo sino su falta absoluta de poder sobre las decisiones que afectaban su trabajo. La jerarquía de mando y de disciplina insultaba su orgullo profesional al igual que sucede con los obreros especializados en cualquier parte del mundo. Un fundidor se acuerda de esa época:

"Nosotros sabíamos que hacer sin ninguna ayuda: Nos gustaba el trabajo pero no las presiones. No necesitábamos a ningún ingeniero. Perfectamente podíamos operar todo sin ingenieros. Mucho jodían" (36).

En la época de Sandino es dable suponer que el hecho de que la mayoría de los jefes e ingenieros eran extranjeros aumentaba el nivel de resentimiento de aquellos obreros que se creían capaces de manejar la fábrica sin ninguna interferencia. Si

ellos no acataban las órdenes de sus jefes corrían los riesgos de encarcelamiento, despido y la pérdida de la vivienda. Por otra parte, tanto los obreros comunes como los especializados, sufrían bajo un sistema que les negaba derechos elementales. Un obrero escribió en 1929:

"Si se les antoja nos obligan a trabajar día y noche sin buena remuneración extra... Nos tratan como verdaderos esclavos" (37).

Si bien los resentimientos directamente relacionados al trabajo influían en la conciencia de todos los obreros, los liberales y sobretodo los ex-combatientes guardaban rencores especialmente relacionados al comportamiento de Lacayo y los Benard durante el conflicto bélico y la represión política dentro del ingenio a lo largo de los años. Un obrero del ISA se refirió a la cuestión política en los siguientes términos:

"El ISA se cree que está como cuando el régimen conservador en que hacían lo que se les daba en gana en perjuicio de estos pueblos, sacándoles todas las ventajas imaginables... La clase trabajadora sólo pide en recompensa de los mil sacrificios ofrendados en defensa de la justicia que se le proteja (de) esos abusos que ejerce el capitalista sobre el pueblo" (38).

De la carta, se puede desprender que el obrero liberal en el ISA creía que en el campo de batalla habían conquistado el derecho de organizarse para protegerse de una empresa que de ninguna manera se comportaba como perdedora de la revolución y de las elecciones. Es decir que la ideología política de los liberales revolucionarios que identificaba a los conservadores con "el capitalista" o con la oligarquía, fuertemente influía en la opción de muchos obreros de pelear en contra del ISA en el terreno de la lucha sindical. Cabe destacar que si bien los militantes liberales no contaban con la casi totalidad de obreros como en las colonias, no obstante conformaban por lo menos 70% de los obreros fabriles (39). Los sindicalistas comenzaron su tarea organizativa entre esta base importante de obreros liberales, dispuestos a resistir la empresa no solo por querer cambiar sus condiciones de trabajo sino también por considerar al ISA como un enemigo político.

Aunque para los años 1928-1929 la identificación entre liberal y sindicalista era bien clara en el ISA, no hay que interpretar el liberalismo obrero como una ideología "oficialista". Como se puede desprender de las citas, después de la Revolu-

ción Constitucionalista comenzó a vislumbrarse un desfase entre la ideología revolucionaria que enfatizaba el anti-imperialismo, derechos democráticos y sindicales y el derrocamiento del poder oligárquico y la realidad post-revolucionaria del intervencionismo norteamericano y la continuidad del poder oligárquico, ahora compartido políticamente con el grupo liberal de Moncada. Muchos obreros sentían lo que dijo un ex-combatiente al referirse a la recompensa para las armas en el "Pacto del Espino Negro": "Nos dimos cuenta que habíamos peleado por \$10" (40). Es precisamente de este desfase entre metas y realidades que nació el apoyo, o por lo menos la simpatía de los obreros liberales por la lucha sandinista. Aunque es muy difícil medir el grado de apoyo obrero para Sandino hay indicios de que muchos trabajadores del ISA apoyaban al héroe de las Segovias sin hallar la forma de integrarse en la lucha. Un informe del Departamento de Estado subraya el vínculo entre sindicalistas y sandinistas al comentar sobre la huelga de los estibadores de Corinto en enero de 1928:

"Creo que elementos en el Occidente, simpatizantes de Sandino, son los responsables de la huelga. Hay que recordar que los que dominan las organizaciones laborales son por lo menos sospechosos de ser simpatizantes de los rebeldes del Norte... esas organizaciones eran suficientemente fuertes para impedir el reclutamiento de rompe-huelgas en Chinandega y León, donde fácilmente se reclutaban durante huelgas anteriores... sin la intervención (de Moncada) los trabajadores de la importante plantación azucarera San Antonio y los ferrocarrileros se hubieran lanzado a la huelga..." (41).

Es importante recalcar que el vínculo ideológico entre el sindicalismo y el sandinismo no se traducía en una incorporación de los sindicalistas liberales dentro de las filas sandinistas. La incapacidad de Sandino en convertir su amplio apoyo en el Occidente en una fuerza política organizada fue una debilidad fatal. En efecto, por la falta de alternativa política muchos obreros sandinistas mantenían su vieja lealtad hacia el Partido Liberal Nacionalista (PLN), a pesar del hecho de que el gobierno liberal de Moncada reprimía sin misericordia a cualquier demostración de simpatía hacia Sandino. Así, por ejemplo, en 1932 la gran mayoría de trabajadores chichigalpinos votaron por el candidato liberal en las elecciones presidenciales. Pero, unos meses antes, por lo menos 500 chichigalpinos manifestaron su apoyo por el general sandinista, Colindres cuando sus tropas ocuparon Chichigalpa

durante unas horas. Al respecto, un periodista escribió: "Muchos artesanos se asociaron a los bandoleros..." (42).

La lealtad dual de los obreros liberales hacia el sandinismo y el PLN probablemente estimuló el desarrollo del sindicalismo en vez de obstaculizarlo. El sandinismo sin duda acentuaba los elementos anti-oligárquicos dentro de la ideología liberal de los obreros, y por otra parte abría, más espacio político entre el régimen de Moncada que reprimía al sindicalismo y los obreros liberales. Sin embargo, el fraccionamiento del Partido Liberal, producto de la desilusión general de liberales con Moncada, si tendía a perjudicar al flamante sindicato en el ISA.

Efectivamente el nuevo sindicato en el ISA, fundado formalmente en 1929, nació debilitado por divisiones en un momento poco propicio para la lucha sindical. En marzo del mismo año se descompuso un motor y el ISA tenía que terminar la zafra temprano. Aprovechó la oportunidad para despedir a muchos obreros liberales permanentes que simpatizaban con los intentos sindicalistas. Un obrero liberal comentó al respecto: "El liberal que aquí permanezca es amordazado y humillado..." (43). En una táctica que se repetiría en 1936, y después en 1945, la empresa logró eliminar a muchos militantes sindicalistas antes de que el sindicato pudiera consolidarse. Por otra parte el temprano fin de la zafra dificultó aún más de lo normal el reclutamiento de los jornaleros en el sindicato. Más grave aún para el sindicato fue una aguda división entre sus principales dirigentes.

Carlos Alberto Zapata había participado en la fundación del efímero sindicato en 1925. Había participado en el ala obrerista del Partido Liberal y para 1928 era una figura política importante de esa tendencia. Gozaba de mucho prestigio entre los obreros fabriles del ISA y al fundar el nuevo sindicato lo eligieron como su presidente (44). Ideológicamente Zapata se colocaba en el ala izquierda del PLN, aunque no hay indicios de que fuera sandinista. Dió el nombre "Felipe Carillo Puente" al sindicato en honor al gobernador revolucionario del Yucatán, de reconocida fama anti-imperialista (45). Al igual que otros obreristas radicales en el Occidente, Zapata tenía ambiciones de una carrera política. Sus esfuerzos en organizar el sindicato también eran destinados a forjar una base política. Sin embargo otros sindicalistas, también liberales radicales se oponían a las pretensiones políticas de Zapata.

En junio de 1929, *La Nueva Democracia*, un periódico obrerista liberal muy difundido en Chinandega, de tendencia sandinista (clausurado unos meses después), denunció la gestión de Zapata en los siguientes términos:

“(El sindicato) parece que va sin timón. Sin embargo confiamos en que el compañero Tomás Pantoja sabrá encausar el torcido rumbo que lleva para el bien de la clase trabajadora” (46).

Es curioso que el periódico que representaba la misma tendencia izquierdista en el PLN intervino en los asuntos del sindicato al atacar a su correligionario, Zapata y apoyar a Pantoja (operador de calderas) en la lucha intestina. Pantoja y el grupo obrerista chinandegano alrededor del *Nueva Democracia* criticaban constantemente a Zapata porque dentro del sindicato “Los asuntos políticos tienen mayor fuerza que la defensa de sus ideales (sindicales)” (47). Aunque es posible que los obreristas chinandeganos apoyaran al grupo de Pantoja por estar más identificados con el sandinismo, la lectura de sus críticas sugiere otra interpretación. Parece que los obreristas y Pantoja reconocían que, dado el fraccionamiento del PLN, el apoyo del gobierno liberal para el ISA y la existencia de una minoría conservadora dentro de la fábrica (de 20-30%), no era conveniente para la causa obrera aliarse con una fracción del PLN, como pretendía Zapata.

Es dable suponer que la división interna del sindicato contribuyó en parte al fracaso de su primera campaña en contra del ISA. En junio de 1929 los sindicalistas en conjunto con sus aliados en León y Chinandega, además de algunos dueños de pequeños ingenios, intentaron montar un boicot en contra del ISA (48). Protestaron en contra de las medidas del gobierno que favorecían a la empresa (impuestos de importación del azúcar, rebaja del pequeño impuesto de exportación, y el pago de primas a los ingenios que dejaron de fabricar azúcar); la represión anti-liberal en el ingenio; el sistema de pagos atrasados seis semanas durante la zafra y la falta de una escuela nocturna. La opción sindical de lanzar un boicot en vez de una huelga se supone era resultado de la evaluación de su propia debilidad. Sin embargo el boicot del azúcar San Antonio fue muy mal calculado. El azúcar producido en San Antonio era de una calidad superior al de los otros ingenios, lo vendían más caro y era consumido en esa época solo por los estratos más adinerados de Nicaragua, precisamente el sector

menos dispuesto a apoyar un boicot de esa naturaleza. La protesta se extinguió aparentemente en poco tiempo. Igualmente al final del año parece que la incapacidad del sindicato en conseguir concesiones de la empresa, posiblemente más represión y definitivamente la apatía de las bases, producto de la lucha intestina, acabaron con esta segunda etapa del sindicalismo en San Antonio (49).

A pesar del fracaso del sindicato, Zapata mantenía una posición pública en contra de la gestión de San Antonio. En 1931, Zapata intentó convertir su prestigio entre los obreros fabriles en una base política para su campaña para alcalde de Chichigalpa. Sin embargo en las primarias liberales Zapata solo ganó 46 votos, casi todos de la fábrica (50). Aunque la derrota era tajante es importante recordar que para 1931 el ISA había hecho fuertes recortes de su personal y sólo había unos noventa obreros permanentes en la fábrica. Es decir que Zapata todavía gozaba del apoyo de la mitad de los obreros en el corazón del ingenio.

No obstante el núcleo de apoyo para Zapata, no hizo ningún intento de reanimar al moribundo sindicato, ya que la respuesta de la empresa a la crisis económica también afectaba negativamente el potencial de la organización obrera. Principalmente los despidos de personal en el ISA entre 1929-1931, una medida económica que también funcionaba como represión selectiva e infundía temores entre el reducido grupo de obreros y trabajadores. Por otra parte se habían retirado voluntariamente del ISA un gran número de jornaleros chichigalpinos, potencialmente el sector más militante entre los trabajadores. A principios de los años 30 el ISA instituyó un sistema de “media tarea” como una medida de economía que pretendía repartir el trabajo entre más jornaleros. Pero que para los jornaleros la medida representó una rebaja en sus pagos de 35 centavos a 18 centavos diarios, un salario que ni siquiera pagaba los gastos familiares más básicos (51). Frente a tal medida muchos jornaleros regresaron a sus parcelas para integrarse en la economía de una manera más permanente. Sin embargo, desde la perspectiva de la organización obrera, tal retiro también abrió nuevas perspectivas para la lucha de clases en San Antonio.

El ISA respondió al retiro de los jornaleros chichigalpinos con una apertura en la fábrica a los mismos trabajadores locales. Al dar trabajo fabril durante la zafra a los chichigalpinos la empresa contaba con su disponibilidad para el trabajo del

campo durante el invierno. No obstante la empresa rompió con una política aparentemente consciente de dos décadas de no dejar a los locales trabajar en la fábrica. La incorporación de chichigalpinos en la fábrica, primero como zafreros y después como permanentes, comenzó a resquebrar el patrón de aislamiento y desprecio hacia los jornaleros de la colonia, al establecer vínculos familiares y amistosos entre el obrero y el jornalero, una condición necesaria para el desarrollo sindical en el ingenio.

Como se puede desprender del siguiente cuadro, para mediados de la década de los 1930, el peso numérico de los trabajadores del campo era decisivo en la fuerza de trabajo del ISA.

Fuerza del trabajo permanente en el ISA
(1937)*

Categoría	Número
Obreros fabriles	90
Carpinteros, Albañiles y ferrocarrileros	145
Jornaleros—Siembra	133
Jornaleros—Cultivo	508
Jornaleros—Porteros	99
TOTAL	975

* Para la zafra el ISA empleaba casi el doble de obreros y jornaleros. Véase *La Memoria del Ministerio de Agricultura y Trabajo 1934-1935*, p. 41.;

FUENTE: Archivo de Nicaragua Sugar Estates (ISA);

Los jornaleros que sembraban, cultivaban y cortaban la caña en San Antonio representaban 66% de la fuerza de trabajo (excluyendo a los 100 empleados de administración). Por lo tanto se puede apreciar la transcendencia desde el punto de vista de la organización obrera del rompimiento del aislamiento total impuesto sobre ese sector por la política de empleo anterior de la empresa. Los 640 jornaleros permanentes, aunque temerosos de posibles represalias, en 1936 se vieron obligados a vivir de un jornal miserable de 20 centavos la tarea (difícilmente podían hacer dos tareas diarias y a menudo ni una) y desembolsar hasta 15 centavos para su comida en las "cocinas" de las colonias. Evidentemente la descripción de los años 1920 de las colonias como "un panal de avispas" todavía era adecuada. Con el comienzo del cambio en el aislamiento, ese "panal" se convertía en un peligro pa-

ra el sistema de dominación, que no había sido amenazado seriamente desde 1926.

Los bajos salarios, malas condiciones de trabajo, previa experiencia sindical y la integración social entre campo y plantel (las instalaciones del ingenio más las viviendas para los obreros fabriles, carpinteros, etc.) no creaban las condiciones suficientes para que surgiera el sindicalismo de nuevo en el ISA. Al igual que en 1912 y 1926 los trabajadores necesitaban aprovecharse de una crisis política nacional para golpear a la poderosa empresa oligárquica.

"LA FUERZA INCONTRASTABLE DEL OBRERO DE SAN ANTONIO" LA HUELGA GENERAL DE 1936.

El año 1936 se destaca por dos fenómenos interrelacionados: la primera ola de huelgas masivas en la historia nicaragüense y por la toma de poder somocista. El renacimiento del movimiento obrero en ese año estaba vinculado al movimiento somocista principalmente, ya que los militantes sindicalistas intentaron aprovechar la crisis política del régimen de Sacasa (Presidente liberal 1932-1936). Sacasa representaba el ala centro-derechista del PLN y carecía de apoyo popular significativo precisamente por su falta de interés en la "cuestión obrera" y por su identificación con la oligarquía. Al iniciar su último año de presidencia, por lo menos cinco candidatos representando distintas tendencias ideológicas en el PLN, comenzaron sus campañas electorales con fuertes denuncias de la administración de Sacasa. Tales críticas dentro del partido, que incluían acusaciones de corrupción y apoyo a monopolios anti-populares, además de la candidatura de Anastasio Somoza, a pesar de un impedimento constitucional, crearon una grave crisis de confianza en el gobierno de Sacasa.

Dentro de ese marco de crisis e inestabilidad política del gobierno, sectores importantes de la clase obrera nicaragüense optaron por lanzar huelgas con el propósito general de recuperar algo de sus salarios reales, disminuídos durante los años de depresión. Somoza, por su actuación como mediador en las huelgas, supo proyectarse como defensor de los obreros en huelga. Muchos de los mismos huelguistas comenzaron a creer que las huelgas de choferes, ferrocarrileros, estibadores y después de obreros azucareros eran todas "mangoneadas" por Somoza. No obstante esa imagen, la realidad histórica es más matizada. Por ejemplo, en

Chinandega, el renacimiento del movimiento obrero en 1936 estuvo acompañado por el fortalecimiento del ala izquierdista del PLN que buscaba la construcción de un Partido Laborista Nicaragüense. Cuando Somoza dió el golpe de estado a Sacasa en los últimos días de mayo, tal tendencia pro sindicalista había conquistado el apoyo de la mayoría de la militancia liberal chinandegana y había nombrado un candidato presidencial, Eduardo Bernheim. El apoyo que esos sindicalistas (muchos de los cuales habían sido simpatizantes de Sandino) ofrecieron a Somoza estuvo condicionado al cumplimiento de sus promesas pro-obreras incluyendo un Código de Trabajo que permitiera el libre desarrollo del sindicalismo, pero a la vez influyó el temor a la comprobada capacidad represiva de la Guardia Nacional (52).

El ejemplo de "oportunismo" del movimiento obrero chinandegano nos ayuda a comprender, en alguna medida, la actitud política de muchos obreros liberales que se convirtieron de una posición pro sandinista a una pro somocista en 1936. El movimiento obrero que estalló en 1936 no era, pues, una maniobra de Somoza, sino una respuesta popular a la acumulación de una década de miseria al momento en que se abrió una nueva brecha en las filas de la oligarquía libera-conservadora. El apoyo para Somoza respondía en parte a su comportamiento no represivo hacia el movimiento y en parte porque era el primer dirigente político desde 1924, que se dirigía directamente a los asuntos obreros. Por lo tanto supo condicionar el comportamiento "oportunista" del movimiento obrero.

La organización sindical que renació en el ISA compartía algunas de las características del conjunto del movimiento obrero nicaragüense: 1) tenía dirigentes con experiencia previa; 2) era dominado por liberales que querían aprovechar la crisis de poder para buscar una salida más favorable a la clase obrera; 3) simpatizaba con Somoza. Sin embargo, evidentemente sería un error analizar el movimiento en el ISA como un ejemplo local de un fenómeno nacional. Al contrario tanto la importancia económica y política de la empresa como su gran concentración de trabajadores asalariados dió mucha influencia al sindicalismo del ISA dentro del movimiento obrero nacional.

El movimiento obrero nacional y el somocismo sin duda influyeron en la fundación del nuevo sindicato, en mayo de 1936. Sin embargo tal influencia era más patente en el plantel (la fábrica) que en las colonias. Entre los jornaleros, casi todos analfabetos, desempeñaba un papel fundamental, Joa-

quín Cordero, un caudillo que expresaba sus anhelos: "Era un machetero alto y moreno". Había sido alistado en la Guardia Nacional pero se disgustó con tal carrera. Se esforzaba para aprender a leer y escribir y tal vez por eso "era bárbaro por hablar". Más importante para un sindicalista en el campo nicaragüense, "Joaquín no tenía miedo de nadie, ni de la hacienda, ni de la Guardia" (53). Inspiraba confianza y valor en sus compañeros del machete y gozaba de un gran prestigio, hecho inaudito, entre los obreros fabriles. Cordero logró organizar mediante un trabajo directo y, personal a más de quinientos jornaleros en el sindicato de 1936. Cada jornalero veía en el valor de Joaquín la posibilidad de salir de una vida infernal y estaban dispuestos a seguirlo a cualquier costo. Así, Joaquín Cordero era un hombre muy peligroso no sólo para la empresa, sino también para el incipiente estado somocista.

Si Joaquín Cordero, el políticamente independiente caudillo popular representaba una amenaza potencial para la empresa y para el somocismo, los obreros militantes que públicamente fundaron el sindicato solo cuestionaban la autoridad de la primera. Cinco de los ocho miembros de la directiva del sindicato, incluyendo los veteranos sindicalistas Zapata y Tomás Pantoja, estaban identificados con el movimiento somocista (54). No obstante, el somocismo de los dirigentes, al igual que en el caso de sus compañeros en Chinandega, no era más que una continuación de una trayectoria liberal radical que veía en Somoza la garantía del sindicalismo. Por lo tanto no es sorprendente que el sindicato le presentara al ISA un pliego de peticiones con un contenido radical, que expresaba claramente la voluntad de los obreros del plantel. Los sindicalistas exigieron: 1) la destitución del Administrador General del ISA, el norteamericano Ignacio O' Reardon, y su reemplazo por el cajero Miguel Sandino, simpatizante del sindicato y del somocismo; 2) la destitución de otros altos empleados incluyendo el médico del ingenio; 3) un aumento general del salario en un 50%; 4) la rebaja de la jornada de trabajo de 10 a 8 horas diarias; 5) mejoramiento en la vivienda y una rebaja en el alquiler (55).

Las demandas salariales cuyo cumplimiento apenas hubiera significado un nivel de subsistencia para el jornalero implicaban un desembolso de \$50,000 anuales para la empresa cuando su ganancia neta para los 1935 era de unos \$87.000 (56). Pero la empresa percibió las reivindicaciones sindicales como algo más serio que un problema económico. El ISA rechazó tajantemente la exigencia de

despedir sus jefes, una petición que consideró acertadamente como un atentado contra el principio de autoridad, ya que efectivamente expresaba la voluntad obrera de cambiar las relaciones sociales de producción en el ingenio. No obstante el rechazo inicial de la gerencia los sindicalistas proseguían su agitación a lo largo del mes de mayo, también un período políticamente muy turbulento en el país. Hay muchos indicios de que el sindicato, que para la época gozaba del apoyo casi unánime de los trabajadores, llamó a una huelga para ganar sus reivindicaciones. Frente al movimiento huelguístico y según Adolfo Benard, presidente de la empresa "para evitar desórdenes y hasta violencias la compañía accedió a reconocerles el 10% y nueve horas en vez de diez horas". Según el mismo informe de Benard: "La mayoría de los trabajadores quedaron más o menos contentos con haber logrado esto pero según parece las cabecillas principales no estaban satisfechos y proyectaron un paro para el primero de junio el cual no se llevó a efecto a causa del movimiento político que estalló el 30 de mayo" (57).

Aunque es dable suponer que los trabajadores estaban contentos de haber conquistado de la empresa las primeras concesiones en la historia de San Antonio, es poco probable que solo los "cabecillas" no estuvieran satisfechos, tal como indica el discurso de Benard. Por lo menos es muy difícil aceptar que los jornaleros estuvieran "satisfechos" con un aumento de dos centavos la tarea y con una rebaja de la jornada laboral que en nada mejoraba su situación ya que ellos laboraban por tarea y no por hora. Por otra parte las demandas rechazadas sin discusión —destitución del administrador O'Reardon y otros jefes— eran demandas originadas entre los obreros fabriles donde el sindicato estaba más arraigado. Por lo tanto la satisfacción mínima de sus necesidades básicas mediante el aumento de cinco a diez centavos diarios, más la reducción de la jornada, no significaba para los obreros el fin de su lucha.

La empresa quiso proyectar, sino provocar una desfase entre las acciones de la dirigencia sindical y la voluntad de los trabajadores. Además de intentar reconquistar la lealtad de obreros y trabajadores O'Reardon inició una campaña anti-sindical. Un dirigente sindical dijo al respecto:

"Hace tiempo que el cuerpo de mecánica ha venido sufriendo vejámenes y humillaciones del Sr. Administrador General, únicamente por el hecho de que nosotros hacemos cabeza en el movimiento sindicalista.... Nosotros te-

níamos conocimiento de que el Sr. O'Reardon tenía la disposición de separarnos de nuestros trabajos por nuestra actitud referida..." (58).

El 6 de julio, el ISA aceleró su ataque anti-sindical al despedir a doce obreros, a Joaquín Cordero, y a un número no determinado de jornaleros, todos militantes activos del sindicato. Inmediatamente el sindicato respondió con una llamada a la huelga. A las ocho de la mañana más de 400 huelguistas, armados de palos y machetes, gritando "viva Somoza" y "abajo O'Reardon", bloquearon el tren de transporte que conecta el ISA con Chichigalpa (59). Simultáneamente Joaquín Cordero comenzó a agrupar a su gente en las colonias para marchar al plantel. A las 9 de la mañana llegó una patrulla de la Guardia que liberó el tren de las manos huelguísticas, pero sin incidentes violentos ni arrestos. El segundo día de la huelga general la Guardia Nacional ocupó el plantel del ingenio y cumplió las órdenes del ISA al sacar a los militantes despedidos, incluyendo a Joaquín Cordero (60). Joaquín había encabezado la marcha al plantel e hizo discursos llenos de denuncias en contra de la Guardia y de la empresa. Al momento de encarcelarlo fué la última vez que sus compañeros lo vieron. En una manera algo cínica el informe de la empresa comentó acerca de la represión militar: "...al notar ellos (los huelguistas) que la compañía tuvo el apoyo de la Guardia Nacional todo se calmó y para el 9 de julio la mayor parte de los huelguistas regresaron a sus puestos" (61).

Sin embargo, los trabajadores mantuvieron la huelga durante dos días de la ocupación militar y algunos intentaron prolongar la huelga después de un "arreglo". Estos hechos indican que muchos obreros querían, en las palabras de un sindicalista, enseñarle a la empresa "la fuerza incontrastable del obrero de San Antonio" (62). No obstante, no hay duda de que la dirigencia sindical que quedaba en el ISA después de la represión del 7 de julio esperaba una intervención favorable de parte del flamante gobierno somocista por un lado y por otro no estaba dispuesta a arriesgar un enfrentamiento violento con la Guardia. De hecho el mismo día de la ocupación militar varios dirigentes se fueron a Managua para entrevistarse con funcionarios del gobierno. Somoza nombró una comisión de reconciliación para mediar el conflicto en el ISA. A pesar de que Ramón Romero, amigo de los obreristas chinandeganos, fue nombrado presidente de la comisión, la mediación resultó del todo favorable para la empresa. El ISA no tuvo que ce-

der en más que la reintegración al trabajo de los huelguistas pero no en la de los originalmente despedidos, la causa principal de la huelga. Frente a la intransigencia del ISA y su respaldo absoluto por parte del nuevo régimen, los sindicalistas aceptaron la derrota de la primera huelga general en la historia de San Antonio.

MEMORIA Y CONCIENCIA SOCIAL DE LOS TRABAJADORES DEL ISA.

Quince días después de la huelga, la gran mayoría de los trabajadores de San Antonio, junto a los altos empleados, asistieron a una manifestación de apoyo a Somoza. El Jefe de la Guardia Nacional y virtual mandatario de Nicaragua llegó al ingenio acompañado por Adolfo Benard, hijo, el Jefe de Protocolo de su gobierno. Tomás Pantoja, viejo dirigente del ahora moribundo sindicato, hizo un discurso de bienvenida sin hacer referencia a la huelga (63). Somoza tampoco mencionó la huelga ni la intervención de la Guardia, pero los trabajadores lo aplaudieron calurosamente cuando dijo:

“Yo aseguro que los derechos del pueblo no serán burlados y que el obrero y el proletariado gozarán de sus privilegios ciudadanos” (64).

Cabe preguntar ¿porqué los trabajadores cuyos derechos habían sido burlados por la Guardia somocista respondieron tan positivamente al asesinato de Sandino? Asimismo ¿cómo pudo ocurrir una demostración de armonía entre los gerentes y jefes de la empresa con sus trabajadores a sólo quince días del amargo enfrentamiento? Para intentar una respuesta adecuada a tales interrogantes tenemos que analizar también la conciencia social y la memoria acerca de la huelga de los participantes.

En primer lugar cabe señalar que el fracaso de la huelga enseñó una clara lección a los trabajadores que necesitaban el apoyo del gobierno para enfrentar una empresa tan poderosa como el ISA. Desafortunadamente para los sindicalistas, después de ejecutar el golpe de estado, Somoza buscaba el apoyo del Partido Conservador para consolidar su régimen, y de hecho logró construir una coalición política que incluía desde fascistas hasta social demócratas. El nombramiento de Benard y aún más la intervención militar en el ISA eran en este sentido aspectos de la estrategia somocista de entablar buenas relaciones con la derecha oligárquica. Los obreros habían gritado “slogans” en favor de Somoza porque esperaban estimular su apoyo para el

movimiento obrero. Seguían apoyando a Somoza después de su intervención, fundamentalmente porque no veían otra opción después de la muerte de su movimiento que la de esperar el cumplimiento eventual de sus promesas pro-laborales. En otras palabras tal apoyo después de la huelga se volvió una expresión de debilidad orgánica y de la nueva apatía de los trabajadores.

La reconstitución de por lo menos la apariencia de armonía laboral en el ISA, quince días después de la huelga, es más difícil de comprender que el apoyo obrero a Somoza. Los testimonios obreros acerca de la huelga nos ofrecen algunos elementos para comprender tal fenómeno. Con la excepción de un mecánico, dirigente de la huelga los demás informantes, casi todos participantes activos en el movimiento, no se acuerdan de las demandas principales de la huelga de julio, ni del reintegro al trabajo de los sindicalistas despedidos, la destitución de O’ Reardon o el nombramiento de Miguel Sandino como administrador general. Por otra parte los informantes sí se acuerdan de las otras demandas reivindicativas planteadas a la empresa en mayo de 1936. Reconocen las ligeras conquistas del movimiento de mayo pero consideran unánimemente a la huelga no sólo como un fracaso sino como una especie de error tal como se desprende de los siguientes breves relatos:

“Nos adelantamos al Código de Trabajo y por eso no se pudo hacer nada. Nos equivocamos”. “Vino la Guardia y nos amenazaron con sus bayonetas. Nos dijeron: Quien no quiere trabajar que desocupe la Hacienda. No pudimos hacer nada”.

“Esa huelga se daba para apoyar al movimiento de Somoza... cuando se tomó el Fortín a Somoza ya no le interesaban las huelgas. Por eso la Guardia la disolvió” (65).

Esos tres testimonios tocan distintos aspectos de la realidad histórica de la huelga pero todos coinciden con la versión de Benard en 1936, que enfatiza el somocismo de los dirigentes, la inocencia de la empresa y el engaño sindical de las masas de trabajadores y el papel inesperado y determinante de la Guardia. Si se toma en cuenta también el olvido colectivo de las demandas radicales y de los despidos de sindicalistas como causa de la huelga, se puede constatar que los participantes internalizaron el discurso del ingenio a lo largo de los últimos cincuenta años. ¿Qué factores condicionaban tal proceso de internalización? Primero, se nota que hay un tipo de selección arbitraria de los informantes ya que muchos testigos potenciales se

marcharon voluntariamente y a otros los "corrió" la empresa. Es bastante tentador considerar que la selección de informantes menos militantes influyera decisivamente en su testimonio. Cabe suponer, por ejemplo, que al obrero "no consciente" le importaban más las demandas salariales que el cambio en las relaciones de mando en la fábrica, y por lo tanto sería comprensible que se olvidara de las demandas principales de la huelga. Aunque es innegable que la misma sobrevivencia en el ISA condicionaba su visión histórica, y que el obrero por lo general tendría más interés en demandas salariales que por cuestiones de poder obrero, tales observaciones no explican porqué los testigos se han olvidado de las actuaciones represivas de la empresa (los despidos preliminares) la demanda principal según distintas fuentes documentales.

Aunque sería muy difícil comprobarlo me parece que la figura de Joaquín Cordero en la memoria colectiva paradójicamente tiene que ver con el proceso de olvido y de internalización del discurso de San Antonio:

"Todos nos acordamos de Joaquín pero nadie sabe qué le pasó después de que el Capitán Pereira lo llevó esposado" (66).

Si Joaquín Cordero queda grabado en la memoria colectiva de los trabajadores del ISA, no es sólo porque simbolizó al luchador que muchos querían ser aún después de la huelga, sino también porque desapareció por la propia debilidad de sus compañeros. Frente a la unidad Guardia-ISA pocos trabajadores estaban dispuestos a seguir la lucha por defender a sus compañeros encarcelados o despedidos. La pronta reconciliación con la empresa probablemente provocó un hondo sentido de vergüenza no sólo en cuanto a los compañeros desaparecidos sino también frente a la poderosa empresa, dispuesta a olvidar todos los "atrevimientos" de los trabajadores si ellos también hacían lo mismo y aceptaban la mano paternalista que actuaba en beneficio de todos. Sugiero, pues, que un fuerte y muy incómodo sentido de vergüenza frente a la memoria imborrable de Joaquín por un lado y frente a los "generosos" vencedores por otro, condicionó el olvido de la misma represión empresarial y sus propias demandas "atrevidas".

La omisión de la represión anti-sindical también se volvía congruente con la conciencia obrera como comienza a configurarse especialmente después de la huelga de 1936. Por un lado emerge el discurso del buen puesto, fijo y seguro en una empresa

guiada por sabios y bondadosos gerentes. Por otro lado existe la visión de una realidad de explotación percibida como una opresión cruda y cruel por jefes de departamentos y colonos que entorpecían la estabilidad de la vida obrera en el ingenio. Se nota que tal forma de conciencia se parece a la de los años 20 —el ISA como dios y el diablo—. La moderación de los contenidos tendría algo que ver con la suavización del antagonismo político gracias a la alianza entre el ISA y Somoza. La ruptura del equilibrio de esta doble conciencia evidentemente corresponde a procesos reales que impiden la reproducción de las condiciones mínimas de los discursos. O sea, cuando los buenos y sabios gerentes se revelan como causas principales del comportamiento anti-obrero de los jefes inmediatos, la doble conciencia entra en crisis. La resolución de la crisis tanto en 1936 como durante los años 1945-1949, requiere además de la represión material una coacción psicológica sobre la memoria de aquellas acciones provocadoras del desequilibrio. Solo al borrar de la memoria la propia responsabilidad de las demandas que pusieron en tela de juicio la misma gestión de la empresa se podría forjar una doble conciencia que a su vez permitiera la permanencia "tranquila" de los ex-huelguistas en la empresa.

Mas aún, la omisión revela la importancia de las relaciones de mando dentro de la empresa azucarera. El autoritarismo es endémico dentro de ingenios capitalistas. Sobretudo durante la zafra, tanto el corte y transporte de la caña como su molienda tienen obligatoriamente que obedecer a un horario rígido. Un atraso de una hora en el campo o en el ingenio podría significar perjuicios importantes, debido a la rápida pérdida de sucrosa de la caña cortada. La "disciplina de las máquinas", la reconocida dificultad agotadora del trabajo del campo y del ingenio (especialmente antes de la plena mecanización) y la ideología tecnicista de los jefes que conciben sólo una manera de hacer cualquier tarea son las condiciones claves que generan el autoritarismo en el ingenio. El ISA, al hallarse en conflicto político y social con la población local durante décadas agudizaba el régimen disciplinario. El "principio de autoridad" se volvió sagrado para los dueños del ISA y defendido a cualquier costo. Por otro lado las expresiones cotidianas anti-autoritarias eran constantes entre muchos trabajadores, aunque dirigidas hacia los jefes de menor rango. Así los momentos de crisis de la doble conciencia resultaban peligrosos para la empresa porque los obreros, al cuestionar su propia conciencia pater-

nalista comenzaron a poner en tela de juicio todo el sistema de dominación de la empresa y adquirieron conciencia de sus propias capacidades de mando colectivo y de control obrero sobre el proceso productivo. Por lo tanto al resolver las crisis de 1926, 1936 y de 1945-49 la empresa se empeñaba en reconstruir la legitimidad de su propia autoridad. A lo largo de tres décadas tal lucha ideológica involucraba, como hemos visto, la apropiación de un "burro-Dios", el encarcelamiento de obreros disidentes y la creación de una versión oficial de su propia historia.

CONCLUSION.

El Ingenio San Antonio, fundado en 1891, por comerciantes granadinos, se convirtió para los años 1920 en la empresa industrial más importante de Nicaragua, una posición que ha mantenido hasta hoy. Para desarrollar su industria la empresa conservadora tuvo que emplear y disciplinar trabajadores en una zona cuya población era políticamente hostil, especialmente después de una masacre de residentes liberales en 1912. La compañía lograba una armonía laboral relativa, principalmente debido a la separación de los trabajadores del campo (chichigalpinos) y los del plantel (no chichigalpinos), el uso de colonos liberales en el campo, y ciertas prácticas paternalistas. No obstante la importancia de tal estrategia laboral, en el fondo el ISA dependía de sus estrechos nexos con los gobiernos conservadores (1912-1926) no sólo para garantizar una fuerza de trabajo estable y pasiva sino también para obtener ventajas económicas que directamente permitieron la enorme expansión de la empresa entre 1918-1926 durante una coyuntura mundial generalmente favorable para la producción azucarera. La bonanza económica del ISA, con ganancias anuales de un millón de dólares, terminó con la crisis política de 1926 que comenzó al igual que la de 1912 con el estallido de una revolución liberal. Después de un motín de sus trabajadores, el ISA tuvo que recurrir, como en 1912, a la intervención de las fuerzas militares norteamericanas. La crisis política provocó un grave problema económico al perder el ISA muchos de sus trabajadores en las filas militares liberales. El problema económico se ahondó con la caída dramática de los precios internacionales al iniciarse la depresión mundial. Las buenas relaciones entre el ISA y el gobierno conservador y después con el gobierno liberal de Moncada, ambos apoyados militarmente por tropas norteamericanas, le permitió a la empre-

sa sobrevivir durante la peor crisis política y económica de su historia, entre 1926 y 1932.

Cabe subrayar que las crisis políticas nacionales siempre tenían fuertes repercusiones sobre San Antonio. Es importante comprender que la más grande empresa industrial nicaragüense siempre dependía del Estado para la protección de la industria contra la competencia extranjera, para el mantenimiento de altos precios internos y para la disciplina de sus trabajadores. Como contraparte de tal dependencia representantes directos de la empresa ocuparon puestos importantes en los gobiernos conservadores y liberales hasta los años 1940. Asimismo la línea entre la acción económica y la acción política de esta compañía oligárquica no era siempre muy clara.

Las crisis políticas nacionales inevitablemente afectaron el desarrollo de San Antonio no sólo por su estrecha dependencia del Estado, sino principalmente porque sus propios trabajadores estaban mucho más politizados que la imagen que la historiografía existente nos permite comprender. Las convicciones liberales de los trabajadores del ISA eran profundas, radicales y capaces de interpretar la realidad política y social de la época estudiada entre 1912-1936. La ideología liberal de los trabajadores era bastante elástica aunque siempre se apegaba a ciertas nociones básicas de anti-imperialismo, justicia social y, lucha anti-oligárquica. La elasticidad de la ideología política, en parte condicionada por los altos niveles de antagonismo en contra de la oligarquía conservadora y por la naturaleza inter-clasista del Partido Liberal permitió a muchos trabajadores liberales apoyar primero a Sandino y después a su verdugo.

Aunque la transición política de muchos trabajadores liberales del Occidente, de sandinistas a somocistas, es un tema importante que requiere más profundización, este artículo enfatiza las repercusiones sobre el desarrollo del ISA provocadas por la radical oposición política de sus propios trabajadores. Es decir que además de una conciencia social que reconocía el sistema de explotación en San Antonio, los trabajadores poseían una conciencia política que señalaba a la empresa como la oligarquía, enemigo mortal del pueblo trabajador. Tomando en cuenta tal nivel de conciencia es sorprendente que los trabajadores solo pudieron atacar el sistema de dominación en momentos de crisis política. Este artículo sugiere dos explicaciones para tal incongruencia: Primero que los trabajadores, por lo menos, consideraban el enclave nacional, como un estado policiaco, "una república

aparte". Los trabajadores sólo actuaban durante las crisis porque tenían bien fundados temores de represalias laborales y policíacas en San Antonio. Pero el temor a la represión sólo explica una parte de la historia del ISA que aparece superficialmente como una historia de armonía laboral puntuada por breves rebeliones cada diez años.

El temor a la represión y la necesidad de trabajar permanentemente por un salario influían profundamente en la conciencia obrera. Una parte de la conciencia tenía que aceptar su condición cotidiana en el ISA a pesar de su antagonismo político, económico y social. Aunque en un momento determinado la aceptación de la vida obrera en la empresa pudo hacerse con racionalizaciones a lo largo de una carrera laboral penetraba el discurso paternalista de una empresa moderna que reconocía la cuestión ideológica como primordial. En cada etapa estudiada vemos una doble conciencia obrera, con una parte paternalista y otra rebelde, clasista. Durante años los dos aspectos de la conciencia podían coexistir en el mismo obrero hasta que una crisis política ponía en tela de juicio toda la estructura de dominación en San Antonio porque permitía ver claramente el papel de los dueños oligárquicos tanto al nivel nacional y en el mundo de trabajo en defensa de sus propios intereses. La clave del asombroso éxito de San Antonio ha sido su capacidad de proyectar sus intereses privados como los intereses de sus trabajadores cuando dentro de la conciencia obrera siempre existía el reconocimiento del antagonismo de clase.

Sólo una comprensión del fenómeno de la doble conciencia de los trabajadores del ISA nos permite explicar el desarrollo y desenlace de la única huelga total y general en la historia de la empresa. En 1936 se reorganizó el sindicato, aprovechando cambios estructurales que permitían la unificación social entre jornalero y obrero y una crisis política nacional. Los sindicalistas exigieron demandas muy radicales que plantearon el derecho obrero no sólo de ganar un salario decente y de trabajar ocho en vez de diez horas, sino también de destituir y nombrar al administrador general del ingenio. Los trabajadores, quienes durante siete años no militaban en un sindicato ni pedían nada de la empresa, de pronto plantearon demandas que implícitamente postulaban una lucha por el control obrero sobre el proceso productivo. El fracaso de la huelga resultó principalmente por el apoyo que el gobierno somocista brindó a la empresa. No obstante la naturaleza radical de la lucha sandinista en el ISA, una vez reprimida la huelga, no sólo se desintegró

la organización sindical sino eventualmente también el mismo recuerdo del desafío obrero a la gestión de la empresa. Al aceptar la derrota los obreros se vieron obligados a olvidar los aspectos "diabólicos" del régimen de San Antonio y sus intentos de destruirlos. Evidentemente la conciencia obrera, al igual que las relaciones de producción capitalista que la genera, no marcha directamente hacia un destino predeterminado. Lo importante no es postular un destino abstracto, para parafrasear a Marx, sino comprender el desarrollo real de las luchas y las conciencias de clase. Tal proceso real está marcado por desvíos, callejones sin salida y por puentes invisibles entre la aceptación y el rechazo simultáneo del sistema de explotación. Esta es una lección que aprendemos de la historia de los trabajadores de San Antonio.

NOTAS

(1) Archivo Nacional de los Estados Unidos, Departamento de Estado, RG 57, 817.00/2013, 3 septiembre 1912. Carta al Secretario de Estado.

(2) Departamento de Estado, RG57,817.00/2059, Carta de Sutherland al Secretario de Estado, 4 de octubre, 1912.

(3) Entrevistas con Alberto Cortéz, noviembre de 1983, Chichigalpa, Nicaragua. La mayoría de los informantes que son jubilados del ISA me pidieron anonimato. Respetando sus deseos, cito a "fuentes orales". Brindaría más detalles a petición para un trabajo de investigación.

(4) *Escritura Social de Nicaragua Sugar States*, 1935, Granada Nicaragua; *Escritura de Terrenos Ejidales*, Municipio de Chichigalpa, 1895.

(5) *Censo de la República*, 1920; Mariano Barreto, *Recuerdos de Chichigalpa, Corinto y Chinandega* (León, 1921).

(6) *Ingenio San Antonio, 1890-1953*, publicado por Nicaragua Sugar Estates Ltd., (Granada, 1953), p.5; Harold Playter, *Nicaragua, A Commercial and Economic Survey*, (Washington, 1927), p.35.

(7) Véase *Libro de Cuentas del ISA*, 1910-1918.

(8) Arnoldo Silva León, *Cuba y el Mercado Internacional Azucarero*, (Havana, 1975), p. 19-20.; *El Ingenio San Antonio, 1890-1953, op.cit.*, p.4.

(9) *Ibid* p. 4-6.

(10) Estudio del autor del archivo de personal del ISA.

(11) *El Cronista*, 6 de agosto de 1925.

(12) Fuentes Orales.

(13) *El Cronista*, 22 julio de 1924 y 6 enero, 1926. Los algodoneros chinandeganos pagaban más de un peso diario a sus peones cuando el ISA pagaba 40 centavos.

(14) A menudo obligatoriamente, los jornaleros tenían que pagar hasta la mitad de su salario para la comida en las llamadas "cocinas" en las colonias. Cabe notar que los obreros del plantel gozaban del privilegio de comprar libremente de las "vivanderas", las mujeres del merca-

- do que tenían recursos para ofrecer crédito hasta el día de pago.
- (15) *Libro de Cuentas, y el Informe de la Junta Directiva a la Junta Directiva de Accionistas del ISA, febrero de 1937.*
- (16) Entrevista con Hermogenes Solis, febrero de 1986. Chichigalpa.
- (17) Fuentes Orales.
- (18) Véase Michael Taussig, *The Devil and Commodity Fetishism senderos míticos de Nicaragua, (Managua, 1984), p. 124-131.*
- (19) *Memorias del Ministerio de Agricultura y Trabajo, 1934-1935, Managua, 1935; p.35.*
- (20) Fuentes Orales, Octubre de 1984.
- (21) *Ibidem.*
- (22) *El Independiente (León), 19 de agosto, 1919.*
- (23) *El Cronista, 1 de agosto, 1924 y Actas de la Central de Obreros, 1917-1929 en archivo privado de Toribio Muñoz, Chinandega.*
- (24) Fuentes Orales; *La Información (Chinandega), 13 de octubre, 1935.*
- (25) Véase *Libro de Cuentas, ISA, 1912-1918.*
- (26) *La Gaceta, 16 de marzo 1916 y 23 de marzo, 1916.*
- (27) Silva León, *op.cit.*, p.53.
- (28) *Memorias del Ministerio de Agricultura y Trabajo, op.cit. p.34.*
- (29) *Ibidem, p.35.*
- (30) *Diario de Occidente, 8 de marzo, 1929; Fuentes Orales.*
- (31) *Ibid, 20 de marzo, 1929; Fuentes Orales.*
- (32) Departamento de Estado, RG57, 817.00/6135. Copia de una carta de 28 de junio 1928 de Nicaragua Sugar Estates a la embajada norteamericana.
- (33) *Diario de Occidente, 23 de mayo, 1929; El Cronista, 8 de enero, 1931.*
- (34) *La Gaceta 2 de setiembre 1925; Según Fernando Centeno Zapata en Salomón de la Selva, Precursor de las Luchas Sociales en Nicaragua, Cuadernos Universitarios, no.11, UNAN (León) p.69 el famoso poeta intentó sin éxito de organizar "un sindicato campesino" durante este período.*
- (35) *Informe de la Junta Directiva del ISA, op.cit., febrero de 1944 y febrero de 1946; Fuentes orales.*
- (36) Fuente oral.
- (37) *Diario de Occidente, 21 de marzo, 1929.*
- (38) *Ibid. 8 de marzo, 1929.*
- (39) En los dos distritos electorales que corresponden al ISA los liberales sacaron 89% del voto en las elecciones presidenciales de 1932.
- (40) Fuente oral.
- (41) Departamento de Estado, RG 57, 817.00/5045, informe al Secretario de Estado, 28 de enero, 1928.
- (42) *América (Chichigalpa), 24 de noviembre 1931; Diario de Occidente, 24 de noviembre, 1931. Fuentes Orales.*
- (43) *Diario de Occidente, 20 de abril, 1929.*
- (44) *Nueva Democracia (Chinandega), 16 de junio, 1929.*
- (45) *Diario de Occidente 6 de julio, 1929.*
- (46) *Nueva Democracia 23 de junio, 1929.*
- (47) *Nueva Democracia 1 de septiembre, 1929.*
- (48) *Diario de Occidente, 1 de junio, 1929.*
- (49) *Nueva Democracia, 1 de septiembre, 1929.*
- (50) *América, 9 de agosto, 1931.*
- (51) *Información, (Chinandega) 16 de febrero de 1936 y fuentes orales señalan que todavía antes de la huelga de 1936, el jornalero sólo ganaba 20 centavos la tarea y tenían que pagar 10 o quince centavos a la cocina de las colonias.*
- (52) Véase *Información* durante los meses de enero hasta julio de 1936 para comprobar tal transformación del ala izquierdista (social-demócrata) del PLN en Chinandega; Entrevistas con Domingo Ramírez, editor del periódico y dirigente político (en 1984 y 1985 (Chinandega).
- (53) Todos los informantes de esa época (15) se acordaban detalles sobre Joaquín Cordero.
- (54) *La Nueva Prensa, 24 de mayo, 1936.*
- (55) *Informe de la Junta Directiva del ISA, agosto de 1936; El Cronista 7 de julio, 1936.*
- (56) Cálculos en base del *Informe de la Junta Directiva del ISA, febrero de 1936.*
- (57) *Ibidem., agosto de 1936.*
- (58) *El Cronista, 9 de julio, 1936.*
- (59) *El Eco de Managua, 12 de julio, 1936; La Noticia, 7 de julio, 1936; El Cronista, 7 de julio, 1936; Fuentes orales.*
- (60) *La Noticia, 9 de julio, 1936; Fuentes Orales.*
- (61) *Informe de la Junta Directiva, agosto de 1936.*
- (62) *El Cronista, 9 de julio, 1936.*
- (63) *El Cronista, 21 de julio, 1936; La Guardia Nacional, julio de 1936; Fuentes Orales.*
- (64) *La Guardia Nacional, julio de 1936.*
- (65) Fuentes Orales
- (66) Fuentes Orales